

y la crítica literaria. La atención prestada al significado de la obra literaria, donde se fraguan los “universales poético-estéticos”, abre una nueva y esperanzadora orientación en los estudios de la Literatura. Cabe señalar, por último, la ingente bibliografía manejada, que convierte este manual en una obra utilísima tanto para especialistas, como para los recién llegados a esta materia.

**Maria Alvarez**

JUSTEL CALABOZO, Braulio. *El Monje escorialense Juan de Cuenca (estudioso, cortesano, helenista y arabista)*. Servicio de Publicaciones. Universidad de Cádiz 1987.

Aborda el libro que vamos a comentar el primer estudio biobibliográfico sobre el plurifacético fray Juan, el cual nació en Cuenca en 1729 y falleció en 1795 en el monasterio de El Escorial donde había tomado el hábito jerónimo a la edad de diecinueve años. Perteneció el conense a esas minorías cultivadas dentro del clero regular cuyas especiales circunstancias, vida comunitaria y votos de pobreza y obediencia, deparaban mayores oportunidades para la actividad intelectual aunque por el autodidactismo y por el escaso apoyo de su comunidad religiosa no obtuvo los frutos que cabrían esperar de su gran pasión por las letras griegas. Así, reconoce el P. Zarco, que, por lo que se refiere a la catalogación de los manuscritos griegos de El Escorial, trabajó fray Juan “con más alientos que fortuna” (p. 42). Y por ello en el siglo de la Ilustración se perdió una buena ocasión de editar con calidad científica el catálogo del rico tesoro de códices existentes en el Real Sitio, (parcialmente diezmados tras el incendio de 1671) emulando los realizados ya en Italia y Francia. Radicalmente al encomendar la Real Biblioteca a los jerónimos se frustró una de las grandes ilusiones de Felipe II de convertirla en centro de ciencia y cultura, pues “la Orden jerónima, dice Gregorio de Andrés en el prólogo, no estaba precisamente bien capacitada para cumplir esta misión cultural ya que su fin básico era la vida contemplativa, sostenida a base de prolongadas y penosas horas de coro”. Pero, con todo, la personalidad de nuestro monje resulta

atractiva y su denodado empeño por intentar cumplir tamaña misión si bien no podría calificarse de altamente estimable, se nos antoja algo más que curioso.

No falta el nombre de Juan de Cuenca en los repertorios de humanistas del siglo XVIII. Algunos datos de su vida y trabajos ofrecen G. Antolín, J. Zarco, A. Revilla, Ch. Graux o G. de Andrés, datos que pueden extraerse de sus estudios referidos a la Biblioteca escurialense o a los manuscritos en ella custodiados. Más frecuentemente es citado en el libro de C. Hernando, *Helenismo e Ilustración (El griego en el siglo XVIII español)*, Madrid 1975 y en los de L. Gil, *Campomanes, un helenista en el poder*, Madrid 1976 y en *Panorama social del humanismo (1500-1800)*, Madrid 1981.

En todo caso, la mayoría de las referencias al mismo surge de paso y al filo de polémicas suscitadas en la época y sobre todo por el favor, quizá desmedido, otorgado por Don Pedro Rodríguez, Conde de Campomanes, un sin igual mecenas del siglo ilustrado. Así, por ejemplo, hagamos mención de la *Gramática de Lengua Griega* de Juan de Cuenca, publicada en 1789 y la sintaxis que vio la luz un año después. Ambas obras le proporcionaron al autor los mayores sinsabores y también a su protector ya en el ocaso político. Concretamente la gramática recibió una severa crítica por parte de Don Casimiro Flórez, catedrático de griego de los Reales Estudios de San Isidro, el cual bajo el seudónimo de Antheo Mantuano hizo circular un opúsculo para divulgar "algunos de los innumerables errores" que contenía el primer tomo de la gramática.

En la presente obra, por el contrario, el autor utiliza y selecciona de los fondos documentales del Archivo de Campomanes, de los de El Escorial y de la Real Academia de la Historia preciosas e inéditas noticias que le sirven para pergeñar las líneas maestras de una biografía de Juan de Cuenca (pp. 19-65, *Aproximación biográfica*).

Al calificativo de cortesano habría que añadir el de poeta y músico pues eran notorias estas aficiones. En cuanto aquél, lo ilustra con detalle el autor en un sinfín de anécdotas curiosas que revelan la estrecha familiaridad con los personajes reales. Así nos informa en p. 45: "Su actividad investigadora tampoco era incompatible con una intensa vida palaciega, que se desarrolló principalmente tras la subida de Carlos IV al trono en 1788. De sus idas y venidas a palacio daba puntual y pormenorizada cuenta a Campomanes, a quien sabía elogiar ante el rey Carlos y la reina María Luisa de Parma en cuantas ocasiones juzgaba oportunas para hacerlo".

Pongamos de relieve, ahora, las otras facetas del monje escurialense de las que estas últimas sirvieron de mero instrumento para lograr aquéllas. A la vista del listado de trabajos de Juan de Cuenca, tan diversificados, no podemos menos que reconocer que no careció de talento, al menos en lo tocante a paleografía y codicología, aunque trabajó con poca fortuna.

De las treinta obras, mejor diríase trabajos, que el autor describe de modo sumario, solamente los dos tomos de la Gramática griega fueron impresos. No todos los restantes se encuentran en borrador o en limpio, de seis de ellos únicamente se conoce su existencia por las referencias a que alude la voluminosa correspondencia intercambiada entre Campomanes y Cuenca. Incluso de la obra que aparentemente reviste cierta entidad por el título "*Historia literaria de España*" no se ha encontrado ni el borrador. Si exceptuamos un par de obras, la *Clavis Regiae Bibliothecae Graecae Escorialensis Graecorum Manuscriptorum* en veintidós tomos y el *Lexicum linguae Graecae litteralis et vulgaris, Latinae et Hispanae* en cuatro tomos, ambas inconclusas, el resto se reduce a trabajos de dimensiones desiguales: transcripciones o cotejo de manuscritos griegos acompañados de traducción latina o castellana, trabajos encomendados por el Conde y escritos circunstanciales como el discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia o un poema latino dedicado a su protector. Este último pequeño trabajo de Cuenca he tenido ocasión de publicarlo y comentarlo en las *Actas del VII Congreso Español de la SEEC*, 1989 t. 3, pp. 513-519, con el título "Un poema latino del humanista fray Juan de Cuenca". Consta en total de veintinueve dísticos elegíacos más la dedicatoria y despedida. En él, aparte de mostrar su gratitud al Conde y elogiar sus amplios saberes humanísticos, alaba con entusiasmo el renacimiento de las letras en el Siglo de las Luces: *Reddita sic nostris Augusti saecula Magni/ Novimus Hesperias iamque virere plagas* "Así advertimos que hemos recobrado los tiempos del magno Augusto y que ya reverdecen las tierras hispánicas".

El profesor Justel, buen conocedor de la Real Biblioteca, abunda en su libro en detalles hasta ahora desconocidos y señala la exacta ubicación del conjunto de obras inéditas de fray Juan, tanto de las que se conservan en el monasterio de San Lorenzo como en la Biblioteca Nacional de Madrid, en la Real Academia de la Historia o en otras instituciones similares. La relación de trabajos es poco más que un catálogo con el *incipit* y *explicit* acompañado de algunas anotaciones documentales, exceptuando la *Gramática de la Lengua Griega* a la que dedica las pp. 130-167. Respecto a los trabajos conocidos únicamente por cartas y cuyo paradero se desconoce, conjetura a veces o verifica el código de referencia en la Real Biblioteca que le sirvió de base, como sucede con el trabajo de una colección de Justiniano (p. 183).

La faceta de arabista es, sin duda, la que menos conviene a fray Juan, pese a ser el motivo que impulsó al autor del libro a interesarse por el monje escurialense, pues su *Syntaxis de la Grammatica arábica* (pp. 193-218) no pasa de ser unos "apuntes de principiante". Pienso que los conocimientos rudimentarios del árabe los adquirió por pura afición y como ayuda a trabajos puntuales, tal es el caso de la "Liturgia de San Basilio" (p. 99), y tam-

poco se podría excluir, cierto mimetismo, dada la entrañable amistad que le unía con el humanista Campomanes, el cual tradujo al castellano del idioma árabe dos capítulos de *Ebn Elavan* sobre el cultivo de las tierras.

En cuanto a la edición en sí podrían hacerse múltiples observaciones. Simplemente señalaré que resulta muy descuidada en la inserción de los documentos y éstos mismos a veces en cadena se nos antoja un tanto desordenados. Por otro lado, con *passim* "por todas partes" me ahorro de enumerar y citar páginas y renglones donde se han deslizado erratas tanto en castellano como —y esto es mucho más de lamentar— en latín. El editor parece haberse contagiado con la fluctuante grafía de Juan de Cuenca. En muchos casos uno no sabe distinguir qué es lo que realmente escribió el monje escurialense.

Pese a todo, hay que agradecer al autor la presente publicación cuyo mérito principal estriba en ofrecernos una valiosa documentación desde la que emerge la figura polémica de un fray Juan de Cuenca tenaz e infatigable trabajador en variados campos pero sobre todo en el área de la paleografía. Creo, sin embargo, que la documentación aportada se prestaba a un análisis e interpretación que podrían haber ido mucho más lejos de lo que hace el autor. Quedan sin explicitar, aunque no faltan documentos para ello, temas como el nuevo estilo en la corte borbónica, las relaciones e incidencia de la Orden con la cultura dieciochesca y las dificultades y tensiones dentro de la propia comunidad jerónima.

José González Luis

WRIGHT, R. *Latín tardío y romance temprano*. Ed. Gredos, Madrid, 1989; versión española de Rosa Lalor.

Corresponde a una traducción fiel de la obra original del prof. R. Wright: *Late Latin and Early Romance (in Spain and Carolingian France)*, publicada en 1982 por Francis Cairns —hecho tan significativo como loable— en *ARCA Classical and Medieval Texts, Papers and Monographs* 8. Acertada es la iniciativa de Editorial Gredos y notable la versión española de Rosa Lalor. Las únicas adiciones a la versión original tan sólo enmiendan